

Pormenores de una leyenda

El pueblo se amontonaba íntimo contra el campo desolado y la noche. Habíamos llegado a la hora última del día. Lo primero era buscar un hotel, dejar los bolsos; quizá ducharnos.

Sin embargo, el olor a leña quemada, las piedras amarillas y porosas de las casas, nos empujaron a deambular por las calles. Algo que irremediamente perderíamos sin esa reminiscencia crepuscular llevó nuestros pasos a la deriva, o siguiendo un inconsciente y desvaído curso que yo había dibujado en un viaje anterior, muchos años atrás.

No recordaba precisiones de aquel viaje, salvo la estatua ecuestre del Conquistador en la plaza porticada. El resto eran rostros espectrales de ancianas vestidas de negro, la luz del cielo estallando a mediodía por encima de los tejados y un aire de austeridad rústica que llamaba al espíritu desde algún recóndito lugar.

Trepamos las cuestas, atravesamos arcos, bajamos, y las palabras venían a nosotros urdidas en sentencias de curiosos títulos. "Aquí, donde el camino se parte en dos", "la casa que se eleva de la roca viva y el árbol", "la esquina que no se resigna a separar de la vista una calle de otra"... Sobre la marcha alguien nos dijo que

en *La Lucerna*, alquilaban habitaciones. Allí fuimos. Nos tocó un cuarto opuesto a la plaza, en la que celebraban fiestas en aquella noche.

Apenas dejó sus bolsos Ana comenzó a desnudarse. Pensé que buscaría la ducha: el viaje había sido largo y, si bien cuidamos de nuestro amor, era un viaje con la decisión de separarnos para siempre. Habíamos ido a ese pueblo para terminar lo más amistosos que pudiéramos, desgarrados de fatalidad.

Acabó de quitarse la ropa, presurosa abrió la cama. Tuve la precaución de verla introducirse, limpiamente desnudo su cuerpo, todavía moreno del anterior verano. Perplejo aún, con ganas de alabarla llorando, me quité la ropa y entré casi al mismo tiempo bajo las sábanas y en sus entrañas. Después me contó que a ella el deseo se le había despertado cuando esperaba frente a la puerta de una casa de piedra para mostrármela, y que sintió de golpe que esa casa se parecía a la que soñamos tener y que de amor y de rabia había sentido fluir en sus órganos un agua enamorada y urgente.

Desprevenido caigo en mi irremediable ineptitud para narrar lo que fue esa noche que nos marcó en la vida, y más allá de las fronteras de la vida. Aunque sea arduo admitirlo, en general la literatura trató del amor entregado hacia el cuerpo o hacia el alma; fervorosas narraciones de la pasión quemante en las almas encendidas, o de los cuerpos abrasados, comidos en poblaciones capaces de llegar al ser y a la nada. De

ello hay muchísimas historias, incontables, como amantes sobre la vieja tierra donde habitamos.

Pero no encuentro ninguna que se parezca a la de aquella noche con Ana. Lo que yo creía saber de mi unión cuerpo-alma fue puesto al revés, descabaladas mis certezas, extenuadas mis palabras hasta el puro quejido del animal con el corazón atravesado por una flecha. Ella me pidió que la inventara de nuevo, que la hiciera nacer otra vez. Al abandonar la cama me sentí caminar en huesos, pura visión radiográfica, el cadáver ligero levantado de la tumba. Creo que nos golpeamos en ese centro donde empezamos la vida, cuando éramos sólo un punto surgido de la eternidad hacia el efímero suceder... En nuestras sábanas hubo agua, esperma, saliva, estiércol, azúcar, sangre, cera de panal escondido, gemidos e hilachas del pensamiento. Llanto de aguas saladas hasta el síncope, sensación de arrancar árboles y poner las raíces al viento, de sentir el sexo en la atascado garganta, golpes en la nuca, en el cóccix, partición de los órganos como si fueran cáscaras de coco o de nuez. Apertura de ventanas en la cabeza, hojas de ventanas que el viento abría y por allí entraba el bullicioso, colorido aire del mundo. Viaje nuestro a regiones desconocidas, a una ciudad en ruinas, incógnita para la Arqueología, que tiene cientos de kilómetros en redondo y de la que no sabemos nada fuera de que otros como nosotros allí vivieron, trabajaron, jugaron y se amaron; y que de ellos ya ni los huesos

quedan, como no sea ese murmullo que cada año oyen los visionarios y que los congrega puntuales en busca del oráculo que un día se oirá.

Después nos levantamos para ducharnos y salir a cenar, pasear durante la noche de carnaval y volver al hotel. Recuerdo que no hablamos del dolor de separarnos porque era infame. Calladamente comprendimos que desde entonces quedábamos marcados el uno por el otro, para siempre.

Al día siguiente, por la mañana temprano, para aprovechar esa luz recordada o presentida estallando en el cielo por encima de los sobrios tejados, salimos a caminar.

Sé que inventamos un laberinto, en el que la gente con la que nos cruzamos quedó atrapada como lo está en las películas, en las imágenes, tal cual las vimos entonces. Recorrimos iglesias y escuetos palacios en ruinas, comentamos las restauraciones y la emoción de los grajos al vivir en un palacio en ruinas, luego restaurado. Recuerdo que Ana me dijo que no le importaría dejar su mundo en la capital y venirse a vivir conmigo a la pequeña ciudad o pueblo, recién conocida y ya familiar en el futuro. Recuerdo que le dije haber averiguado en mi sueño de esa noche de amor quién la había prefigurado a ella en los amores de mi padre. Entonces supe que Ana no representaba la hermana rubia de mi padre sino a una vecina de la que solapadamente un día habló con fervor y que, seguro

también, prefiguraría los rasgos que él encontró en la mujer que años más tarde fue mi madre. Conversé estas cosas con Ana, como conmigo mismo. Nos detuvimos en extramuros a mirar el campo, las rocas eternas, comparándolas con lo que dura la vida humana, y los trabajos del viento, tal vez lo más perdurable en la austera ciudad. Ella dijo que cada vez sería más difícil filmar exteriores para una película histórica aludiendo a los tendidos eléctricos, a las carreteras, a los puentes y a otras obras de la modernidad. Inconexamente, yo comenté que para entender la historia de la conquista de América, quizá dijera mucho la manera de edificar que tenía esa región de España, la metafísica familiaridad con los muros de piedra y con cosas de esa índole, en sus universos cotidianos.

Caminamos y caminamos trazando nuestro laberinto en la ciudad, el que decidimos tener siguiendo los propios deseos de nuestras almas que tejían pasos y encantamientos. Recuerdo que vimos muchos gatos y aspiramos el olor a jazmín que, a veces, de tarde en tarde, al final del verano, aún me llega como una reminiscencia.

No hubiéramos bajado al cementerio si la calle que pasa frente a la catedral no diera a la plazuela que parece un ombligo, y la plazuela a la puerta del cementerio. Cedió la puerta al empuje de Ana y entramos en la ciudad de las tumbas. Fue entonces cuando, por contraste, la miré a ella como nunca la había mi-

rado, tan hermosa. Sentí su corazón comiéndose todos los silencios, escuché los pasos de sus botas golpeando en el oído secreto de las tumbas, me fijé en su mantilla marrón junto a la cabellera larga y enigmática. Lloré de verla más bella que las furtivas flores silvestres que se abrían entre las tumbas desvencijadas. Allí supe que Ana sobrepasaría mi promiscuidad y mi cansancio. Iba de tumba en tumba, paseando su curiosidad de niña. Íbamos cada uno por un corredor diferente, pero ella me llamó varias veces para mostrarme sus hallazgos. Algunos no vi. entonces, porque sólo teníamos media hora antes de tomar el autobús que nos devolvería a la capital, de ese viaje casi absurdo e improbable en la memoria, por lo breve.

La recuerdo tan hermosa antípoda de vida flameante entre las tumbas... Tenía en el riguroso otoño calientes las manos, oloroso el cuerpo, enhiestos los jóvenes pezones por las emociones de su pubis y los roces del aire fresco.

Mirándola caminar en el cementerio a unos diez metros de mí, concebí la idea, el sentimiento que me ha otorgado su compañía inacabable. Fue en ese instante cuando decidí dónde rompería la fatal cadena de los cambios, con quién iba a permanecer para siempre.

Vimos tumbas con leyendas increíbles: tras una lápida de mármol, con fecha 1843, "Salustiano Urbieta, que de niño emigró a América y de allá regresó para morir"; la niña "Luisa que vivió solamente siete años,

como sabiendo que sería toda la vida"; "Doña Juana Albarracín", y debajo su hijo "Juan que fue hijo ejemplar y buen esposo". Era, en efecto, un templo en el que cabía el Olimpo. Y sobre todo, cómo no, las tumbas que unían a los enamorados. Me resultaba imposible sustraerme de mirar las caras de Ana cada vez que leía una inscripción borrosa. Allí pensé que sólo se llega al amor de la manera que llegaron Van Gogh o Cristo al absoluto. Al caer en la cuenta de tal pensamiento me inundó una encarnada ráfaga de felicidad. Al fin y al cabo, Cristo, abandonado por todos en las últimas pruebas, había terminado solo con Dios, el centro de su amor. Había llegado solo, como Van Gogh entregado a los colores, solo y enloquecido de absoluto. Mi felicidad tenía la medida de Ana, su abrasada belleza.

Fue al promediar esa media hora de paseo, cuando intuí la finalidad de mi destino. Salimos rápido a la carretera hasta la parada del autobús porque lo perdíamos. Me había costado arrancar a Ana, clavada su alma en los asombros de las tumbas. Se me perdió de vista en los intrincados corredores, y de allí volvió azorada, haciéndome prometer que retornaríamos en otra ocasión, que nunca había visto cementerio más fascinante (quiero pensar que en realidad lo dijo por todas las cosas extraordinarias del pueblo, y por nuestro amor...).

Dispuse los asuntos póstumos con tiempo, porque a la edad que yo tenía entonces no hubiera existido

razón para precipitarse. Preferí acogerme a los derechos del ciudadano, que siempre me importaron más que los de la familia. Hubiera deseado el contacto directo con la tierra, con su dulce, casi amorosa manera de mezclarnos a su sustancia, volvernos muchedumbre diversa y unánime. Pero elegí el modo que se acostumbra: con nicho y lápida que lo explique.

Encargué al amigo más fiel, por mandato escrito, que me sepultaran donde estoy. Dejé las costas en una cuenta bancaria a los cargos de mi entierro. Fue disposición mía, también, poner en la lápida: "Yazga en paz el que ha elegido este cementerio por amor".